

De historias e historiadores

(Una exploración inicial)

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹¹

Apenas comienza su Historia de la guerra del Peloponeso, el historiador Tucídides escribe: “En definitiva, así vi la época antigua, aunque es difícil dar crédito a cualquier testimonio de modo sistemático, ya que los hombres aceptan unos de otros de modo indiscriminado y sin comprobación las noticias sobre sucesos anteriores a ellos, aunque se refieran a su propio país” (1988, p. 64). Y un poco más adelante el griego continúa diciendo: “Quizá para una lectura pública su carácter no fabuloso les hará parecer menos agradables, pero será suficiente que las juzguen útiles quienes deseen examinar la verdad de lo sucedido y de lo que acaso sea de nuevo similar y parejo, teniendo en cuenta las circunstancias humanas. Queda como una posesión para siempre más que objeto de certamen para oír un instante” (1988, p. 66).

Como bien se advierte, Tucídides afronta valientemente la necesidad de un acercamiento objetivo a los hechos y acontecimientos históricos. Si las Guerras Médicas aceptaron fugazmente la intervención de héroes hijos de dioses y de dioses con características huma-

nas en su propia historia —tal como se acentuó en el libro de Heródoto—, Tucídides mirará la historia de lo que él reseña, la guerra del Peloponeso, de otro modo. Eminentemente humana, la historia que narra Tucídides tiene un sabor distinto del que se podía pensar de las historias de su tiempo y aún de un tiempo posterior. El sentido místico apenas se siente, las voces de los muertos no se escuchan, y es justo pensar que, frente a una dirección establecida de antemano por los historiadores para narrar el lugar hacia el cual tienden los hechos, Tucídides echa mano de una herramienta que ha tendido a fundirse en concepciones metafísicas, religiosas y místicas: ‘La verdad de lo sucedido’. Pero ha de notarse que, con todo y las buenas intenciones del historiador griego, no deja de ser presa de profundas críticas, como la de Karl Popper, quien asevera que Tucídides, como aristócrata ateniense y enemigo de la democracia de su ciudad, hace de su historia un relato de su lucha contra la ‘sociedad abierta’ (1994). La imparcialidad, dirá Popper, ha quedado en veremos.

Alcanzamos así, por un lado, las historias que se subordinan a una versión de la Historia Universal y que hacen de ésta su razón de ser, no siendo su principal característica la presentación de los hechos tal y como sucedieron sino tal y como se deben entender a partir de aquella versión. Bien podríamos ubicar

¹¹ Licenciado en Filosofía y Letras. Profesor del Área de Ciencias Sociales y Humanas del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Escritor. lufevata@hotmail.com

entre estas historias el Discurso sobre la historia universal, de Bossuet, en el que los hechos se amparan en la intervención de la Providencia divina, a la manera como san Agustín auscultaba la ciudad de Dios en el andar decadente y esperanzador del maltrecho hombre. Por otro lado, tenemos las historias en las que, de cierta forma, no interesa el cómo se puedan entender los acontecimientos históricos sino más bien qué fue lo que realmente ocurrió. En estas historias difícilmente se puede escuchar el latido de una versión general de la Historia: los dioses no se dejan oír, las ideas de Razón y de Evolución parecen no tener cabida aunque, no obstante en este caso el historiador trabaje por la simple razón de narrar la verdad, sin ambages de ninguna clase. Al desaparecer las aplicaciones religiosas, mágicas o metafísicas, los historiadores de este lado tienen que proyectar nuevas que residan en los hombres y se comprendan desde los hombres. Tucídides ha querido enfrentar este reto y su historia es una de las primeras que pretende llevarlo a cabo.

Como están más preocupadas por los acontecimientos en sí que por el sentido que ellos adquieren, estas historias tienen inherente, como medida de su cordura, una apelación infatigable a la indagación. Sin embargo, el mismo Tucídides lo ha advertido, frente a lo indagado ‘es difícil dar crédito a cualquier testimonio’. Las historias han tenido pues, de suyo, un problema metodológico serio del cual al menos se ha tomado conciencia. ¿Cómo reconocer la verdad entre los distintos documentos, entre los diversos testimonios que hay sobre lo que ocurrió? Apenas saltan preguntas como ésta ¿el historiador, reflexionando sobre su asunto, es filósofo de la historia? Y como lo que subyace a sus interrogantes es la búsqueda de la verdad exige entonces que su asunto sea entendido como uno de carácter científico, presentando, así, la ciencia de la historia. No obstante la participación de las líneas de Tucídides en este texto, rara vez los historiadores han reflexionado de esta manera sobre su trabajo, solo recientemente —digamos hace un par de siglos, aunque algo se oyó en el Renacimiento— se ha ampliado el debate y los que antes hacían historias han querido hacer filosofía de la historia, en cierta manera evitando que quienes solo hacían filosofía les diagnosticaran sus problemas y les recetaran las medidas que se deben tomar.

La confusión no se hizo esperar; las divisiones y las interminables batallas entre las filosofías se dieron también en el plano de las historias y, por supuesto, entre los mismos historiadores. Cuando parecía que la historia se acercaba al lugar de la ciencia, igualándola en objetividad, los historiadores mostraron que aún estaban lejos de ella y que, pese a que todos



presumían de objetivos, aún carecían de sencillez para liberarse de prejuicios y aceptar el diálogo. En tiempos en los que la historia es también poder, las formas de presentarla han llegado a justificar las sangrientas guerras. Hará falta recoger fuerzas entre los que se dividen porque no se ha de pretender siempre que las fuentes y los documentos de la historia sean realmente objetivos. Pero no podría pensarse que los historiadores actúan de mala fe al llevar a cabo su profesión. Cabe siempre sospechar que una indagación es más amplia que otra o que ambas pueden ser complementarias, si es del caso; mas no se puede despotricar de historias que caen, sin quererlo conscientemente, en apreciaciones ligeras. Que el historiador sienta admiración y desconcierto frente a hechos y personajes resulta difícilmente inexpresable.

Cabría preguntarse entonces cuáles son los alcances de la objetividad en la narración de las historias si no son, en primer lugar, válidas para todos ni, en segundo lugar, imparciales. Innegablemente, quienes escriben las historias participan de una u otra forma en la caracterización de lo que realmente ocurrió, así se les haya escapado involuntariamente un aplauso o un abucheo. Citado por Le Goff (1995), Génicot dice:

El historiador no tiene derecho a perseguir una demostración a despecho de los testimonios, a defender una causa, sea cual fuere. Debe establecer y hacer manifiesta la verdad, o lo que cree que es la verdad. Pero le es imposible ser objetivo, hacer abstracción de sus concepciones del hombre, especialmente cuando se trata de medir la importancia de los hechos y sus relaciones causales (1995, p. 32).

Parece que el historiador empedrara con buenas intenciones el camino al infierno ya que, si bien quiere acercarse a la verdad, no puede disponer en modo alguno lo que alcanza de ella si no es a su completa discreción. De tal forma, la objetividad termina siendo más anhelada que vivida pues donde ella parece instalarse se cuela por el más pequeño agujero la subjetividad. En últimas, conscientes de este inconveniente no creo que los historiadores piensen que este sea un gran problema; a mi entender —y hasta para el gusto— las historias requieren ciertas dosis de estilo para narrar lo que ha pasado. Los problemas vienen cuando a las historias se les quiere acomodar un modelo exclusivo, y no habló solamente del modelo de la ciencia, hablo también de un modelo literario. A la sazón de los documentos bien se puede bordar por sí sola una colcha de retazos; el historiador ha de poner de suyo el llamado a la narración que defina y dé sentido, más que a las fuentes, a los hechos que ellas presentan. Difícil labor en la cual al historiador se le va la vida.

Enfrentando el problema de la objetividad y de la verdad en la historia, el pensador polaco Adam Schaff ha presentado un juicioso y saludable análisis. Claro está, se trata de un texto de corte marxista que, a su manera, se incluye en la ya extensa lista de volúmenes que componen —y descomponen— aquel problema del conocimiento. Por ahora, bien haríamos destacando algunas de sus ideas centrales favoreciendo así la comprensión del proceso de contar historias.

¿Se puede afirmar la objetividad del conocimiento —se pregunta el polaco, como nosotros—, queriendo decir con ello que posee una validez no solo individual sino también universal,

que es emotivamente incoloro e imparcial, cuando se admite al mismo tiempo que el sujeto cognoscente, como producto de las relaciones sociales, desempeña un papel activo en el proceso del conocimiento e introduce siempre en éste algo que procede específicamente de él, es decir, un elemento subjetivo? Sí y no. Todo depende del grado de precisión con que empleemos el término ‘conocimiento objetivo’: sí, si no lo empleamos en un sentido absoluto; no, si lo concebimos en categorías absolutas (Schaff, 1974, p. 102).

No sobra decir que Schaff mantendrá esta distinción a lo largo de su libro y en ella enfocará el papel del historiador al narrar historias. Por supuesto, él pone el acento de la subjetividad en el hecho de que el historiador está inmerso en un mundo social y es un ‘producto de las relaciones sociales’; nosotros habíamos añadido hace poco la peculiaridad del estilo ya que si hablamos de historia nos referimos muchas veces a historia escrita. En todo caso, a partir de tal panorama es justo preguntar si alguna vez podrá una historia acceder a la verdad a partir del tono y el medio en el que está inserto el historiador. Si por verdad asumimos la definición clásica de verdad objetiva, entonces creemos que nada tiene que hacer una pregunta de estas aquí y que la historia, en tal sentido, estaría condenada a dar rodeos ya que los rasgos subjetivos se tendrían por falsos. No obstante, cierta confianza nos hace pensar que la historia agrega siempre algo nuevo, que reconoce sus propias limitaciones y que, a partir de ello, alcanza a coquetear con la verdad, que, en su esfuerzo por medirse fuerzas con un método científico, logra detener-

se meticulosamente en el pasado para indagar, agotando todos sus recursos, qué ocurrió. El caso de la historia no es pues ajeno al de otras ciencias: no logra el conocimiento total de sus objetos pero, como ellas, hacia él tiende.

Con un tono que semeja al de Tucídides, a principios del siglo XIX Leopold von Ranke, citado por Le Goff, había escrito: “Se atribuyó a la historia la función de juzgar el pasado y de instruir el presente para hacer útil al futuro; mi intención no tiende a funciones tan gigantescas, tiende solo a mostrar cómo fueron realmente las cosas” (1995, p. 85); pero, tal como se han mostrado estas cuestiones, parece que Ranke se equivoca al considerar que es mucho más sencillo presentar las cosas como realmente ocurrieron. Él piensa en la anhelada objetividad de la historia, en la que al historiador no se le escapa alguna palabra ambigua o que tienda a dar color a los hechos. Como es historiador, su convicción logra generar un buen número de seguidores; en ella los historiadores toman por superable los condicionamientos sociales —de los que habla luego Schaff— y las parcialidades del estilo. No obstante, los historiadores que pretenden contar las cosas tal y como sucedieron flaquean —y supongo que no sin algo de gusto— en su ambición.

Debemos reconocer la obligación profesional del historiador por narrar bien las cosas. Como tantos otros, Polibio también hizo su llamado de atención:

El historiador no debe detenerse ni en reprender a los amigos ni en alabar a los enemigos. Ni el temer el vituperar a veces a unos mismos y elogiarlos otras, puesto que los que manejan negocios, ni es fácil que siempre acierten, ni verosímil que de continuo yerren.

Y así, separándose de aquellos que han tratado las cosas adaptándose a las circunstancias, el historiador únicamente debe referir en su historia los dichos y hechos como sucedieron (Megapolitano, 1914, p 27).

Sin embargo, llega un momento —a la hora de sentarse a narrar los hechos y concretar entonces cómo fue que sucedieron— en el que el historiador no puede más que apelar a su intuición y, si es del caso, a su erudición. Este instante es en el que él se enfrenta a las pasiones, las intimidades, los susurros, las charlas de salón y de café que llegaron a determinar los acontecimientos. Podemos encontrar consensos claros sobre fechas y recortes de prensa que testimonian la magnitud de algún evento; no obstante, nada tan insondable como el corazón de los hombres y las tramas que se urden bajo las historias. Es el instante en el que los acuerdos se desvanecen y tocadas por otros acentos, ya poéticos, ya ensayísticos, ya periodísticos, las historias se inmiscuyen en las vidas y en las casas de quienes —como piensan Goethe, Carlyle y Nietzsche—, héroes, han hecho historia.

Hace falta leer mucho más y lo que hace falta no es suficiente. Como en las historias se mezcla de múltiples formas lo mágico y lo desgarrador de la vida de los hombres no resulta sencillo domesticar el terreno; Bossuet no se equivoca en su Discurso al reconocer que es en la historia donde se consideran las pasiones humanas y que, así, es en ella desde donde se han de educar los príncipes. Podrán determinarse con más precisión las historias en otros campos; la historia de la ciencia tiene un territorio claro sobre el cual moverse, diciendo lo mismo de la historia de la matemática

y hasta de la del arte; mas cuando la pregunta histórica quiere detallar los acontecimientos y comprender sin menoscabo todas sus causas, la ciencia de la historia se queda corta y difícilmente se encontrará acuerdo entre los historiadores. No es ni siquiera cuestión de que ellos tomen partido defendiendo una causa superior o una idea; en muchas ocasiones, los historiadores defienden una intuición para la que, de una u otra forma, encuentran razones. Es muy sano que el historiador tome pues conciencia de que narrar las cosas ‘como realmente sucedieron’ es una labor hasta cierto punto realizable, sobre todo en el lugar en el cual los documentos producen acuerdos y testimonian con precisión lugares y palabras, pero, de nuevo, hay cosas dichas en voz baja que no alcanzaron a ser registradas y que no por ello se han de tener por menos importantes. Lectores atentos encontrarán en muchas historias preguntas que se omiten porque no se tienen claras sus respuestas. Pareciera que desde el punto de vista de un Ranke, por ejemplo, a las historias no les hiciera falta nada; sin embargo no es sencillo tener satisfechos a los lectores curiosos, así sea con las historias más completas.

A la vez, hecha la anterior salvedad, tampoco podemos creer que la historia se reescribe continuamente que, de cierta manera, todos los días se actualiza. Reconocemos que existe un fragmento de la historia en el cual la ciencia y el sereno estudio permiten determinar la verdad de los hechos históricos, y así como existen preguntas para las cuales aún no hay respuestas hay otras que sí las permiten. En este caso, es Benedetto Croce quien situándose en el polo de lo que está por narrarse no cree entonces posible una ciencia de la historia. Si el historiador no se emparenta entonces

con el científico, ¿a quién lo remite el italiano? El historiador, por la aplicación de su intuición y la actualización de lo investigado, resulta más cercano al artista. Croce no cree en el historiador ajeno a un partido; de una u otra manera, no cree en el historiador imparcial o no comprometido. La idea de determinar los hechos tal y como sucedieron no le parece tan siquiera alcanzable ya que desde el momento en el que el historiador decide narrar los acontecimientos es inevitable que lo haga desde el presente, es decir, actualizándolos:

Las antologías de información serán crónicas, notas, memorias, anales, pero no son historias; y aunque se las junte con sentido crítico señalando el origen de cada parte o investigando cuidadosamente su evidencia, nunca logrará en su propio terreno, por mucho que lo intente, ir más allá de la cita continua de cosas dichas y cosas escritas. Se quedan, para convertirse en verdades que nos convenzan, en el punto mismo en que la historia exige una aseveración de verdad surgida del fondo de nuestra íntima experiencia (Croce, 1960, p. 8).

Como la intuición es la herramienta fundamental del historiador, toda historia es así historia contemporánea. Claro está, hablamos de la intuición que guía, como un sexto sentido, como un buen presentimiento.

Bien se puede observar en las afirmaciones de Croce una ventana abierta al historicismo; en este caso, al historicismo que va muy de la mano con el relativismo. No es posible dar un paso atrás desatendiendo la ciencia histórica: para nuestro modo de ver las cosas es posible hablar de historias —tal y como

lo hemos hecho, tal y como se entienden en Croce— limitando su relativismo en la indagación científica y documentada de los hechos históricos a pesar de las bellas intuiciones de los historiadores. Si el historiador apela sencillamente a sus intuiciones y a partir de ellas narra ¿qué lo diferencia de un novelista? Tal como lo dice Schaff, así, “tiene la razón [el historiador] que se pronuncia de último. Pero este veredicto desposee a la historia de su cualidad de ciencia” (1974, p. 133). Resulta a la vez muy saludable escuchar las palabras del holandés Huizinga hablando al respecto:

El saber histórico es siempre puramente potencial. No solo en el sentido de que nadie conoce ni puede conocer la historia del mundo o la historia de un gran reino en todos los detalles susceptibles de ser conocidos, sino en el sentido mucho más profundo de que todo conocimiento histórico sobre el mismo tema se refleja en la cabeza de A de un modo distinto que en la de B, aun suponiendo que ambos hayan leído todo lo legible acerca de ese tema. Y no solo eso, sino que ese conocimiento proyectado en la cabeza de A hoy difiere del que proyectaba en ella ayer (Huizinga, 1946, p. 13).

En pleno siglo XX, pues, dos escuelas —una que podríamos caracterizar de corte analítico, como la de Ranke, y otra con un perceptible velo idealista, como la de Croce—, presentan las razones de sus historiadores, dándose como en toda discusión, acercamientos y diferencias. Entre enemigos, no obstante, logran reconocerse sus puntos débiles. Pronto se percatan que el ánimo de los hechos «tal y como sucedieron» solo llega a un punto de la historia, al de la información

documentada de datos; y, por otro lado, que al subjetivismo de las historias lo carcome el mal relativista que impide hacer ciencia. Nuevos historiadores se confunden; los lectores ya prefieren otras lecturas menos sospechosas. Ahora bien, se pueden extraer un par de conclusiones a la luz del debate: en primer lugar, no es posible pensar en un agotamiento de las fuentes históricas para extraer de ellas los hechos tal y como sucedieron. No hay tal lugar para la historia completa y la verdad absoluta, que siempre quedan cosas por contar. En segundo lugar, a la luz de intuiciones se pueden construir bellas narraciones, pero no historia, que la ciencia pone de suyo el sabor de un acercamiento (siempre un acercamiento) a la verdad. Todos coincidiremos en la nobleza del esclarecimiento rigurosamente científico y los historiadores, sobre todo, han de propender por cobijarse en él, ¿cómo?, haciendo uso de estrategias de indagación en las que la medida de los acercamientos a la verdad sea la de las pruebas y su interpretación. Los acercamientos, ya vimos, no han de ser radicales: ni el radical informar hace historia ni tampoco el radical intuicionismo que condena a la relatividad de todas las versiones.

Por supuesto, difícilmente se puede concertar entre radicales. Aún la obra de Hempel pretende dar realidad rotunda al término ciencia de la historia a partir de la idea de historiador-científico que descubre causas y leyes en la historia. Aún la obra de Collingwood considera que el caso de la historia es ajeno al de las ciencias que descubren leyes y que, hablando de lo que ocurre entre los hombres como acontecimientos históricos, no es pertinente acudir a modelos sino a interpretaciones de lo soberanamente humano. Solo en 1965 aparece una obra

que considera en nuevos términos la filosofía de la historia, ésta que responde al modo de trabajo de los historiadores, y reivindica el papel de los escritos tomando el sentido narrativo de ellos. Ya Paul Ricoeur había presentado su *Historia y verdad* como obra en la que el historiador hace parte de la historia en su papel de observador y sujeto actuante, éticamente responsable de lo que genera; ahora Danto presenta al historiador en su papel, no solo de observador y sujeto cognoscente, sino como narrador. Su obra, a la que nos referimos, *La filosofía analítica de la historia*², es entonces una consideración especial de la objetividad del historiador como científico y de su subjetividad —también la del historiador— como escritor que intuye lo que a la historia le hace falta.

Danto no solo ve la obra de los historiadores como alcance de lo que realmente sucedió en afirmaciones sencillamente descriptivas, sino también como obra de las interpretaciones que ellos mismos realizan. Descripción e interpretación van de la mano; análisis y hermenéutica hacen la historia. Dice Danto: “Si consideramos que el objetivo de los historiadores es el de escribir narraciones, entonces ciertamente han de hacer algo más que describir las cosas que sucedieron, en el orden en que sucedieron, y explicar bien por qué sucedieron” (1989, p. 62). Danto tiene bien claro que, como organizador de narraciones, el historiador no se limita a presentar descripciones frías de lo que realmente sucedió. Existe un espacio para lo que él llama ‘imaginación histórica’ y otro

2 Título original de una obra a la que solo se le han presentado algunos de sus capítulos en su versión en español con el título *Historia y narración*. Danto, A. (1965). *Analytical philosophy of History*. UK: Cambridge University Press.

para que el historiador, a su manera, se atreva a dar sentido o significado a los acontecimientos en sí mismos o en el mismo presente que vive. Para un acontecimiento A, por ejemplo, existe, según el modelo analítico, una historia H que lo describiría. Tal historia H se compone de n número de enunciados que hacen las descripciones del acontecimiento. Así, se establece lo que Danto llama la «Crónica ideal»; sin embargo, tal crónica es al acontecimiento histórico lo que un mapa a la real constitución del mundo. El historiador trata entonces de acercarse a la 'Crónica ideal', trata de ser entonces el cronista ideal que reconoce todos los enunciados que describen el acontecimiento, pero, a pesar de una condición: el que no pueda usar oraciones narrativas, es decir, oraciones que constituyan un relato. En tal caso, las historias no se escriben a despecho de las oraciones narrativas porque, tal como son presentadas, aquéllas exigen un orden, un principio y un final. Dice Danto: "Empieza a verse claro que una 'descripción completa' no satisface adecuadamente las necesidades de los historiadores y deja entonces de consistir en el ideal al que esperamos que se acerquen nuestras propias relaciones, y que no ser testigos de un acontecimiento no es algo tan malo si nuestros intereses son históricos" (1989, p. 113). Danto comprende y hace comprender que en la historia es importante la forma de presentar los hechos porque el futuro los rectifica y también realiza nuevas descripciones ajenas a lo que tenemos por crónica ideal.

No fue intención de Aristarco anticipar a Copérnico, ni de Petrarca la de inaugurar el Renacimiento. Que se den tales descripciones requiere conceptos

que solo en un momento posterior se encuentran disponibles. De lo cual se deduce que, incluso si tiene acceso a las mentes de los hombres cuyas acciones describe, ello no capacita al Cronista Ideal para apreciar la significación de esas acciones. (1989, p. 138).

Vistas de tal manera las cosas, la historia es ciencia y es arte, pero más que ciencia es una práctica en la que se requieren herramientas y métodos de trabajo científicos; pero más que arte es un atreverse a completar los puntos suspensivos que dejan los simples hechos. Como ciencia requiere científicos, como arte requiere, en este caso, escritores. Tal vez sean pocas las veces en las que ambas cualidades se encuentren en un solo hombre; al no encontrarse a la par, la amonestación exige trabajo compartido. El problema ahora viene a ser el esclarecimiento de lo histórico frente a lo que puede ser o llamarse no-histórico, que, bien o mal, sitúa el trabajo de los historiadores, aunque difícilmente pueda ponerse límites a sus intereses.

Sabemos bien que si algo ha ocurrido y en alguien motiva narración, entonces este acontecimiento puede ser traído a la historia y presentado como histórico. A un historiador le puede parecer relevante dar respuesta a la pregunta '¿cuál fue el papel de la mujer en el imperio romano?' y a otro '¿quiénes fueron los mártires más jóvenes en la historia de la Iglesia?'. Ya que el pasado y su relato son lo que a bien tienen para ejercer su profesión, los historiadores tendrán bajo su condición, por encargo o sin éste, lo que desean destacar, contemplar y hacer ver como histórico; no obstante este sentido de lo histórico puede por escapar de lo realmente importante para ser contado debido a su interés ge-

neral, en el caso, ejemplo, de lo que es realmente relevante para comunidades y pueblos. Así, existen acontecimientos históricos generalmente aceptados aunque poco comprendidos en todas sus manifestaciones —tal es el caso de la Revolución francesa, del Descubrimiento de América, entre otros—; y hay otros acontecimientos llamados históricos, no por su tiempo o época, sino por la pluma del historiador. En este último caso, los historiadores hacen gala de su erudición para atraer la atención sobre hechos que fueron pasados por alto y para los cuales reivindica ahora su importancia a la luz de pesquisas antropológicas, sociológicas y, en ocasiones, sencillamente artísticas. El historiador desarrolla una narración para algo que no la tenía, para algo que solo tenía testimonios y documentos. Y estos papeles, manuscritos, periódicos, recortes le han de servir para hacer de algo no histórico, como no narrado, algo histórico. No sobra tomar en consideración las palabras de Hui-zinga, quien ha escrito:

de saber bien algo muy definido, siendo indiferente para estos efectos que la actitud asumida ante la meta adopte la forma de un deseo de comprensión rigurosamente intelectual o la de una necesidad de establecer contacto espiritual con ciertas realidades pasadas. Cuando la pregunta no es clara, jamás se obtiene como respuesta un verdadero conocimiento. A la vaguedad de la pregunta corresponde siempre la vaguedad de la respuesta (1945, p. 20).

Siempre queda por pensar que las fuentes le hacen trampa a la posteridad, pero de ahí el que el historiador también deba ser un científico no carente de mucha intuición, de mucho olfato. Aquí viene uno más de los problemas de su oficio, el que no se enfrente al acontecimiento (reconocido socialmente) directamente sino a los enunciados que lo presentan y le dan sentido. Cuando la fuente es única, y la autoridad está establecida —por ejemplo en el caso de la Grecia clásica y sus historiadores más reconocidos Heródoto y Tucídides— los problemas, cuando los hay, son pocos y consisten más bien en la reconsideración de los temas a la luz de otros fragmentos no propiamente historiográficos, sino más bien literarios, o en la percepción de resabios en los enunciados establecidos. Pero cuando las fuentes son variadas y los testigos oculares se cuentan en buen número y todos desde diversas atalayas, los enunciados ya no son solo muchos sino contradictorios entre sí al abordar un solo acontecimiento. El sondeo realizado a los historiadores y cronistas de la Revolución francesa por Adam Schaff es significativo al respecto. Y los enunciados son diversos porque los testigos oculares aprecian de modo distinto.



El punto de partida de una investigación histórica sana tiene que ser siempre el impulso

Al historiador corresponderá aclarar en su narración por qué su explicación será la más acertada a la luz de las fuentes que él mismo selecciona. Ha de mostrar sigilo para percatarse de la imagen que quería dejar un testigo voluntaria o involuntariamente, para reconocer el poder oculto tras el sentido de las fuentes. El que traiga a colación enunciados de testigos del pasado no es prenda de garantía; apelar a una autoridad tampoco puede serlo. Sin duda, si faltaran los historiadores clásicos griegos la historia en aquel caso se tendría que elaborar con lo que se pueda intuir a la luz de la literatura y el arte (claro, aplicando también la respectiva crítica a las fuentes). El historiador echa mano no solo de documentos testimoniales y de firmas en los tratados; su saber es saber de fantasías y también de diarios, de máscaras rotas y pequeños huesos. En su erudición, ha de prestar atención a los resultados de las más recientes excavaciones arqueológicas tanto en el suelo como en el tiempo. Michel Foucault, en su veta de historiador, ha considerado en su entera magnitud los intersticios y las discontinuidades de la historia con la premisa arqueológica. Lucien Febvre, citado por Le Goff, ha escrito bellamente:

La historia se hace, no cabe duda, con documentos escritos. Cuando los hay. Pero si no existen, se puede, se debe hacer sin documentos escritos. Por medio de todo cuanto el ingenio del historiador le permite usar para fabricar su miel, a falta de las flores habitualmente usadas. Con palabras. Con signos. Con paisajes y con ladrillos. Con formas de campos y malas hierbas. Con eclipses lunares y colleras. Con investigaciones sobre piedras,

realizadas por geólogos y con análisis de espadas metálicas realizadas por químicos. En una palabra, con todo lo que siendo propio del hombre depende de él, lo sirve, lo expresa, significa su presencia, su actividad, sus gustos y sus modos de ser de hombre (1995, 105).

El problema no se soluciona fácilmente, no obstante, el historiador, entre más documentado se encuentre se percatará cautamente de las mentiras de las fuentes. Sabrá que su historia no se limita a presentar los hechos tal y como sucedieron sino que tratará de explicar —ya sea causal, ya sea a partir de las finalidades— lo que los enunciados valoran. Si comprender sus limitaciones no le hace mejorar sus historias, al menos han de terminar siendo más responsables al confrontar sus investigaciones y apreciar sus conclusiones. No han de desesperar al no hallar la panacea que evite todos sus problemas; éstos son su oficio, más cuando el pasado nunca ha sido fácil. Cuando parece que se acerca el tiempo en el que todo encuentra remedio, la historia muestra que estamos aún lejos de la versión definitiva. Antes parece que el abanico se extiende y a falta de escritos nacen imágenes para que no solo se vea qué pasó sino cómo fueron las cosas. Por supuesto, la cámara enfoca también un lado de la historia con un buen requerido auxilio de la técnica. La historia se escribe, se pinta, se filma. Le Goff dice:

La ciencia histórica conoció hace medio siglo un impulso prodigioso: renovación, enriquecimiento de técnicas y métodos, horizontes y dominios. Pero al entablar con las sociedades globales relaciones más intensas que nunca, la histo-

ria profesional, científica, pasa por una profunda crisis. El saber de la historia está tanto más sacudido cuanto más aumento su poder (1995, p. 26).

No obstante, con palabras más alentadoras, Schaff ya había escrito:

Si la historia nunca está acabada, si está sujeta a constantes reinterpretaciones, de ello se desprende únicamente que es un proceso y no una imagen acabada, definitiva, o una verdad absoluta. Cuando se comprende el conocimiento histórico como proceso y superación, y a las verdades históricas como verdades aditivas, acumulativas, se comprende la razón de esta constante reinterpretación de la historia, de la variabilidad de la imagen

histórica; variabilidad que en vez de negar la objetividad de la verdad histórica, por el contrario la confirma (1974, p. 333).

No podemos esperar del historiador la historia completa y definitiva, no podemos esperar que en un acto sobrehumano nos cuente lo que Danto ha llamado la 'Crónica ideal', lo que sí esperamos es que su labor sea juiciosa, su saber muy amplio y su estudio muy serio; así, confiamos en que, en la comprensión del pasado, su aporte no solo sea noble sino también enriquecedor. Confiamos es en que con mucho tacto asuman los retos que se les presentan, que los pueblos reconozcan a partir de sus narraciones la identidad que reclaman, que las historias no se desintegren, que las imágenes y la memoria audiovisual no las agoten.

Referencias bibliográficas

- Croce, B. (1960). *La historia como hazaña de la libertad*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Danto, A.C. (1965). *Analytical philosophy of History*. UK: Cambridge University Press.
- Danto, A.C. (1989). *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona, España: Paidós.
- Le Goff, J (1995). *Pensar la historia*. Barcelona, España: Paidós.
- Huizinga, J. (1946). *El concepto de la historia y otros ensayos*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Polibio, M. (1914). *Historia universal durante la República romana (Tomo I)*. Madrid, España: Librería del Perlado, Páez y Compañía.
- Popper, K. (1994). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, España: Paidós.
- Schaff, A. (1974). *Historia y Verdad (Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico)*. Ciudad de México, México: Editorial Grijalbo.
- Tucídides. (1988). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.